

**Es, primero, la Vida.**



Kenshinkan dôjô 2015

Me hablaba, impertérrito, de cómo el Budô era toda su Vida; y yo, tratando de buscar dentro de mí recursos pedagógicos y dialécticos que contrarrestaran una afirmación tan cortoplacista, acudí a los viejos amigos: libros ya hollados, músicos de otras épocas y poetas de siempre.

En efecto, deseaba, claro, abrir la conversación hacia otra latitud para que, juntos, pudiéramos encontrar una perspectiva mayor no solo observando ese Arte que estudiábamos y amábamos, sino algo que le trascendiera, afortunadamente: nuestra propia Existencia.

Sí. Ese análisis que ahí comenzaba debería de estar coronado por un axioma mayor: *“Primero es la Vida y, después, el Budô”*. Ese era un punto de partida indiscutible, en mi opinión. Y de esta forma, acompañado por Semprúm, Claudio Rodríguez y Basho, creo que llegamos a un buen acuerdo.

Cuando en 1945 Jorge Semprún (Madrid, 1923/París, 2011) abandonó el campo de concentración de Buchenwald después de haber pasado dos años encerrado como prisionero de guerra, lo hizo con un propósito firme: antes que contar lo ocurrido, tenía que vivir, alejándose, para ello, de aquel peso insostenible: un episodio de su propia epopeya vital que contenía tal densidad y acumulaba tal cantidad de sentimientos que hubiera ocupado un tiempo de oro, ese que él necesitaba para reconciliarse, primeramente, consigo mismo y, después, con el *“hecho mismo del existir humano”*. La decisión estaba tomada: antes de escribir, viviría.

Tras pasar por la UNESCO, la clandestinidad política, el periodismo y el exilio, aquel viejo propósito literario de reconstruir el holocausto a través del arte de la escritura fue abriéndose paso en su pensamiento. En efecto, habían transcurrido cincuenta desde su puesta en libertad y se acercaba raudo el momento de ajustar cuentas con aquel *“tiempo de muerte”*.

*“La escritura o la vida”*, es un libro estremecedor, narrado al límite mismo del sentir humano. Para algunos críticos es una obra imprescindible en el contexto literario del siglo XX, necesario para ahondar en el conocimiento de la realidad que supusieron aquellos *“campos de la muerte”*, esencial para despertar un **NO** rotundo a cualquier forma de violenta imposición, coacción de la libertad individual, fractura política autoritaria o sesgo de la diversidad.

A colación de la conversación con mi amigo volví de nuevo a su lectura, tomando, como referencia, esa idea principal que subrayó Semprúm, sobre la que también algunos budokas hemos meditado a menudo: *“Ha de ser primero la Vida y después, el Arte”*.

Si. Es imposible sostener una dimensión honda del concepto Budô si su práctica nos aleja del hecho cotidiano del existir, porque es en la Vida, y sólo en ella, donde encontraremos esos elementos indispensables, esos que habrán de dar consistencia al entramado de esta noble Vía, ayudándonos a comprender más y mejor el misterio profundo que encierra nuestro Arte.

A medida que cumplimos años sabemos que la distancia es una Oportunidad que objetiviza, aclara ideas y percepciones, opiniones y creencias. El simple alejamiento es un factor determinante para reinterpretar posturas y reconsiderar propósitos: unas posiciones mantenidas con firmeza que en ocasiones no son sino humo y barro.

Pero: ¿qué hay en esa distancia, en ese alejamiento que pueda aportarnos lucidez en el contexto y la valoración de nuestro Arte...? En ese extramuros, donde se encuentra la Vida (esa Vida que se suspende y retrasa, se suplanta y pospone; ésa, que olvidamos por momentos y que es, siempre, motor principal, razón de ser e incluso obligación moral) se halla la Experiencia, auténtico abono que ha de conformar la profunda interpretación, la percepción de altura y la valoración acertada de nuestra práctica.

Creo que sabía muy bien de qué hablaba el cantautor Claudio Rodríguez, cuando nos enseñó en una de sus más logradas letras:

*Siempre la claridad viene del cielo;  
es un don: no se halla entre las cosas  
sino muy por encima, y las ocupa  
haciendo de ello vida y labor propias.*

Como otros anteriormente citados también el gran poeta japonés Basho (1644/1694) estableció su vida en torno al Arte de la Poesía, olvidando su propio "estar en el mundo", relegando el "hecho del existir" a la sola Creación poética.

Había errado, en efecto. Para reencontrarse tuvo que salir de sí mismo, alejarse del *Haiku*, decir adiós a su Arte y entroncar con la Vida que le esperaba más allá de su acomodada situación.

Basho supo transformar el contenido y el continente de su Poesía, utilizando para ello sus propios viajes por ciudades, templos y caminos de Japón. Uno de ellos, narrado en "*De Camino a Oku*", es una prueba inequívoca de ese "despertar" hacia una concepción mayor de la Poesía: una manifestación que no puede ser solo introspectiva, sino que ha de ampliarse en función de la Observación y la Experiencia, pues paisajes y ciudades, personas y adversidades, devendrán parte del artista y, como tal, aparecerán de inmediato esculpidos en el seno del Arte elegido.